

Autora de *Cazadora de hadas*

JENNIFER L.
ARMENTROUT

PECADOS
A LA LUZ DE LA LUNA

- Los hermanos De Vincent 1 -

Julia Hughes nunca se había arriesgado en la vida hasta que aprendió una dolorosa lección. Ahora quiere volver a empezar de cero con un trabajo lejos de su hogar al servicio de los hermanos de Vincent, dueños de una inmensa fortuna... y de una oscura reputación. El nuevo trabajo de Julia consistirá en cuidar de la única hermana del clan que, tras ser hallada en extrañas circunstancias, está en una condición física y mental que nadie puede comprender. Julia no puede permitirse distracciones, pero una presencia amenazante en la mansión y la constante tentación que supone tener al atractivo Lucian de Vincent cerca no son cosas fáciles de ignorar.

Lucian es el hermano más joven, el más salvaje e impredecible. Es el eterno soltero de la familia, conocido por sus aventuras dentro y fuera del dormitorio. Y ahora desea a Julia. Hay algo especial en ella, algo que le hace querer abrirse y desnudar sus sentimientos. Pero hay secretos que es mejor dejar enterrados, junto con un pasado que no solo podría acabar con la familia entera, sino que también podría destruir a Julia.

*Para todos los lectores que han escogido este libro.
Gracias.*

1

–¿Es cierto eso que dicen de las mujeres que vienen aquí?
–Las uñas pintadas de un rojo resplandeciente recorrieron el estómago de Lucian de Vincent y le sacaron la camisa por la cintura–. ¿Que se vuelven locas?

Lucian enarcó una ceja.

–Porque ahora mismo siento que estoy perdiendo la cabeza. Que estoy fuera de control. Llevo tanto tiempo deseándote... –Los labios del mismo color que las uñas rozaron el pelo más corto alrededor de su oreja–. Pero tú nunca te fijaste en mí. Hasta esta noche.

–Eso no es cierto –dijo él con voz cansada mientras alcanzaba la botella de Old Rip. Se había fijado en ella en más de una ocasión. Hasta podía habérsela comido con los ojos un par de veces. Con esa melena rubia y el cuerpo de infarto embutido en un vestido tan escotado, por supuesto que se había fijado en ella, al igual que la mitad de los clientes del Red Stallion. ¡Joder! Seguramente el noventa por ciento de ellos, tanto mujeres como hombres, habían mirado en su dirección más de una vez, y ella lo sabía.

–Pero siempre estabas pendiente de otras cosas –continuó ella. Lucian casi pudo oír el mohín que formaron esos preciosos labios rojos.

Se sirvió un poco del burbon de veinte años, intentando recordar en cuántas mujeres más podía haber estado pendiente. Las posibilidades eran ilimitadas, pero nunca se centraba en nadie en particular. En realidad, tampoco

estaba prestando atención a la mujer que tenía detrás de él, ni siquiera cuando presionó contra su espalda lo que, sin duda, tenían que ser unos pechos espectaculares y deslizó una mano debajo de su camisa. El gemido gutural que dejó escapar ella mientras le acariciaba los abdominales tampoco tuvo ningún efecto en él.

Hubo un tiempo en el que solo necesitaba una sonrisa de complicidad y una voz sensual para tener una erección capaz de taladrar una pared. Incluso se había follado a mujeres y se había perdido en ellas por menos que eso.

¿Pero ahora?

Ahora no tanto.

Sus pequeños dientes afilados le mordieron el lóbulo de la oreja mientras deslizaba la mano hacia abajo y movía sus dedos ágiles en el cinturón.

—¿Pero sabes qué, Lucian?

—¿Qué? —Se llevó el vaso bajo y pesado a los labios y se bebió el potente líquido de un trago sin pestañear. El burbon se deslizó por su garganta y le calentó el estómago mientras miraba el cuadro que había sobre la barra. No era de los mejores que había allí, pero esas llamas tenían algo que le gustaba. Le recordaban al ardiente descenso a la locura.

Ella le desabrochó el cinturón.

—Voy a asegurarme de que no vuelvas a pensar en nadie más.

—¿En serio...? —Se detuvo y frunció el ceño, buceando en su memoria.

¡Mierda!

Se había olvidado de su nombre.

¿Cómo coño se llamaba esa mujer? Las llamas púrpuras y rojas del lienzo no iban a darle la respuesta. Respiró hondo y estuvo a punto de ahogarse con su perfume dulzón. Sintió como si le hubieran vomitado un montón de fresas en la boca.

El botón de sus pantalones se soltó y el sonido amortiguado de la cremallera bajando resonó en la espaciosa habitación. Un segundo después, la mano de ella descendió por la cintura de los *boxers*, hasta el lugar donde descansaba su pene.

Y entonces detuvo la mano en seco. Parecía haber dejado de respirar.

—¿Lucian? —preguntó ella con tono sugestivo. Sus cálidos dedos se cerraron en torno a su miembro medio erecto.

La obvia falta de interés de su cuerpo hizo que Lucian torciera el labio disgustado. ¿Qué le pasaba? Tenía a una mujer impresionante tocándole el pene y él estaba tan excitado como un colegial en una habitación llena de monjas.

Estaba... ¡Joder! Solo estaba aburrido. Aburrido de ella, aburrido de sí mismo, aburrido de todo. En circunstancias normales, esa mujer era su tipo. Habría pasado un buen rato con ella y no la habría vuelto a ver jamás. Nunca se acostaba dos veces con la misma mujer, porque si lo hacía, corría el riesgo de crear un hábito, y luego a uno le costaba mucho romper los hábitos. Además de que alguien siempre acababa albergando sentimientos, y nunca era él. Pero se había... hastiado de todo eso.

La sensación de estar harto, de no importarle nada, llevaba persiguiéndole desde hacía un par de meses, asfixiando casi todas las facetas de su vida. La inquietud se había metido bajo su piel y se había extendido por sus venas como la maldita hiedra que se había apoderado de la fachada de la casa.

Había empezado a sentir esa incomodidad mucho antes de que todo se pusiera del revés.

Ella deslizó su otra mano debajo de la camisa mientras apretaba su agarre alrededor de su sexo.

—Voy a tener que esforzarme para ganarme esta verga, ¿verdad?

Lucian casi se rio.

¡Joder!

Teniendo en cuenta el rumbo de sus pensamientos, iba a tener que esforzarse mucho. Dejó el vaso en la barra, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, intentando que su mente estuviera en paz. Por suerte, la mujer estaba callada mientras lo estimulaba con la mano.

Necesitaba eso más que nunca. Un orgasmo sin preocupaciones. Y ella... ¿Clare? ¿Clara? Estaba bastante seguro de que empezaba por «C»... Bueno, daba igual, ella sabía lo que estaba haciendo. Su miembro se iba endureciendo cada vez más, pero su cabeza... Sí, su cabeza no estaba centrada en eso.

¿Pero desde cuándo necesitaba que su cabeza estuviera centrada en eso?

Cambió de posición para darle más margen de maniobra y tanteó con la mano hasta alcanzar la botella de wiski de varios miles de dólares. Esa noche quería perderse en el alcohol, sentir que estaba vivo de verdad. Lo que tampoco era muy diferente del resto de las noches, pero hoy le hacía más falta, porque mañana tenía que encargarse de algo muy importante.

Aunque ahora no tenía por qué pensar en eso. Lo único que necesitaba en ese momento era sentir esa mano, esa boca y tal vez...

El sonido apenas perceptible de unos pasos en la planta de arriba hizo que abriera los ojos de golpe. Ladeó la cabeza, pensando que su imaginación le estaba jugando una mala pasada, pero ahí estaban. No le cabía la menor duda de que eran pasos.

¿Pero qué cojones? Bajó la mano y agarró la muñeca de la mujer para detenerla; algo que a ella no le hizo ninguna gracia, porque empezó a masturbarle con más ahínco. Así que tuvo que apretar un poco más para inmovilizarla.

—¿Lucian? —preguntó con tono confundido.

No respondió. Estaba demasiado ocupado intentando prestar atención a cualquier sonido. Era imposible que hubiera oído aquello. Las habitaciones de arriba estaban vacías. Allí no podía haber nadie moviéndose.

Los miembros del personal no dormían allí. Se negaban a quedarse en la mansión de Vincent en cuanto caía la noche.

Silencio.

Era muy probable que se lo hubiera imaginado. Seguramente gracias al burbon.

¡Dios! Puede que estuviera perdiendo la cabeza.

Después de sacar la mano de ella de sus pantalones, se dio la vuelta y la miró. Mientras contemplaba su cara respingona pensó que en realidad era muy guapa, pero hacía mucho tiempo que había descubierto que la belleza era un regalo caprichoso. La mayoría de las veces solo era superficial, y en la mitad de los casos ni siquiera era natural, sino fruto de los diestros dedos de los cirujanos.

Rodeó su nuca con los dedos y se preguntó dónde terminaría su belleza y empezaría su parte más fea. Presionó el pulgar en su pulso y este se aceleró.

La vio entreabrir los labios mientras bajaba las espesas pestañas, ocultando los iris del mismo color que el de la mayoría de los nativos de Luisiana. Se apostaba lo que fuera a que en su casa guardaba una o dos coronas, junto con unas cuantas bandas que la declaraban una de las tantas caras bonitas que el sur tenía en su seno.

Cuando empezó a bajar la cabeza hacia ella, su teléfono sonó sobre la barra. Se separó de ella de inmediato y se dio la vuelta, sin importarle el murmullo de decepción que la oyó soltar. Le sorprendió ver el nombre de su hermano en la pantalla. Era tarde, seguro que el hijo pródigo ya estaba en la cama, en algún lugar de esa misma casa. Y Dev ni siquiera estaría con su prometida, follando toda la noche como se imaginaba que haría cualquier pareja normal y feliz.

Aunque, por otro lado, le costaba horrores imaginarse a la inmaculada Sabrina teniendo sexo.

Se decían muchas cosas de los hombres y las mujeres de la familia De Vincent. Una de ellas parecía una mentira absoluta. Por lo visto, un día su tatarabuela afirmó que cuando un varón De Vincent se enamoraba, lo hacía rápido y perdidamente, con locura y sin medias tintas.

Una tontería enorme.

El único de ellos que se había enamorado había sido su hermano Gabe, y mira cómo había terminado. Como un completo desastre.

–¿Qué? –respondió mientras alcanzaba la botella de nuevo.

–Tienes que venir al despacho de papá ahora mismo – le ordenó Dev.

Alzó ambas cejas al oír que su hermano colgaba sin más. Era una petición de lo más interesante. Se metió el teléfono en el bolsillo, se abrochó los pantalones, se quitó el cinturón y lo lanzó sobre el sofá que tenía al lado.

–Quédate aquí.

–¿Qué? ¿Me dejas así? –Habló como si ningún hombre hubiera osado alejarse de ella en cuanto le ponía la mano en el pene.

La miró con una sonrisa y abrió la puerta que conducía a la galería de la segunda planta.

–Sí. Y seguirás aquí cuando vuelva.

Su respuesta la dejó boquiabierta, pero salió al aire fresco de todos modos. Sabía que, a pesar de su enfado, le esperaría.

Atravesó la galería, tomó la escalera cerrada y salió por el almacén de la planta principal a la que daba. El mausoleo que tenían por casa apenas estaba iluminado a esas horas y reinaba el silencio. Sus pies descalzos pisaron el suelo de baldosas que enseguida pasó a ser de madera.

Tardó un par de minutos en llegar al despacho, ya que estaba al otro lado del ala derecha, lejos de las miradas

curiosas de todo aquel que visitaba la casa De Vincent. Incluso tenía su propia puerta y camino de entrada.

Lawrence, su padre, se había asegurado de garantizar su privacidad hasta límites extremos.

Fue aminorando el paso a medida que se acercaba a las puertas cerradas. No tenía idea de qué le podía estar esperando en aquel despacho, pero sabía que su hermano no le llamaría en plena noche por una nimiedad, así que se preparó para cualquier eventualidad.

Las pesadas puertas de roble se abrieron silenciosamente. Cuando entró en la habitación bien iluminada se detuvo en seco.

—¿Pero qué...?

Dos piernas se balanceaban ligeramente; los mocasines de piel de cocodrilo de Brooks Brothers colgaban a metro y algo del suelo. Había un pequeño charco debajo. El hedor nauseabundo que flotaba en la habitación le dijo lo que era.

—Por esto te he llamado —dijo Dev desde algún lugar de la estancia con tono neutro.

Lucian miró hacia arriba, a lo largo de los pantalones oscuros que estaban mojados en la parte interior de los muslos, la camisa torcida de cachemir azul a medio meter, las manos y los brazos laxos a los lados, los hombros caídos y el cuello doblado en un ángulo antinatural..., sin duda, por el cinturón que lo rodeaba.

Un cinturón que estaba atado al ventilador de techo importado de la India que habían instalado hacía poco más de un mes. Cada vez que el cuerpo se balanceaba, el aparato emitía un *tictac* similar al de un reloj de pie.

—¡Dios bendito! —gruñó Lucian, con las manos a los costados mientras echaba un vistazo rápido al despacho.

El charco de orina se iba extendiendo hacia la antigua alfombra persa beis y dorada.

Si su madre hubiera estado viva se habría llevado la mano a su collar de perlas horrorizada.

Al pensarlo, esbozó una sonrisa irónica. Echaba de menos a su madre todos y cada uno de los días desde que lo había dejado, a él y al resto, aquella húmeda y sofocante noche de tormenta. A su madre siempre le habían gustado las cosas bellas, atemporales e inmaculadas. Por triste que fuera, no era de extrañar que se hubiera ido de este mundo de esa forma.

Preocupado por esos pensamientos más que por la muerte que impregnaba el despacho, fue a la derecha y se dejó caer en un sillón de cuero. El mismo en el que se había sentado durante horas y horas de niño, con la espalda recta, escuchando en silencio las múltiples razones por las que era una decepción. Ahora estaba más repantingado, con los muslos separados. No necesitaba un espejo para saber que llevaba el pelo rubio (a diferencia del de sus hermanos, que era oscuro) despeinado como si una docena de manos se hubieran deslizado entre sus mechones. Tampoco tuvo que respirar muy hondo para captar el maldito aroma afrutado que se adhería a su ropa.

Si Lawrence le hubiera visto con ese aspecto, habría torcido los labios como si estuviera oliendo algo profundamente desagradable. Pero teniendo en cuenta que ahora estaba colgado del ventilador de techo como un trozo de carne en el gancho de un carnicero, jamás volvería a mirarle de ese modo.

—¿Ha llamado alguien a la policía? —preguntó. Tamborileó con los dedos en el brazo del sillón.

—Eso espero —repuso Gabriel arrastrando las palabras. Su otro hermano estaba apoyado en el aparador de roble de cerezo recién pulido. Las copas de cristal chocaban unas con otras. Los decantadores de brandi y wiski apenas se movían.

Gabe, al que todo el mundo consideraba el más normal de los hermanos De Vincent, todavía parecía medio dormido. Solo llevaba un par de pantalones de chándal y

se frotaba la mandíbula mientras observaba el balanceo de las piernas. Se le veía demacrado y pálido.

No obstante, aquellos que sostenían esa opinión, no conocían al auténtico Gabriel.

–He llamado a Troy –respondió Dev con gravedad desde el lugar en el que se encontraba, al otro lado del despacho. Tenía todo el aspecto que un hijo mayor, el hijo que ahora era el cabeza de la dinastía De Vincent, siempre debía tener. Pelo oscuro peinado a la perfección, mandíbula afeitada y ni una sola arruga en los pantalones de lino con los que dormía. Conociéndolo, seguro que los había planchado antes de venir.

–Le he contado lo que ha pasado –continuó Dev–. Viene de camino.

Lucian lo miró.

–¿Te lo encontraste tú?

–No podía dormir. Me levanté y bajé aquí. Cuando vi que la luz estaba encendida, entré y me lo encontré así. – Dev se cruzó de brazos–. ¿Cuándo llegaste a casa, Lucian?

–¿Y eso qué tiene que ver con esto?

–Solo responde a la pregunta.

Lucian esbozó una lenta sonrisa de comprensión.

–¿Crees que he tenido algo que ver con el estado en el que se encuentra nuestro querido padre?

Devlin no dijo nada. Solo esperó. Aunque eso era muy típico de Dev. Era silencioso y frío, como una tumba recién cavada. Nada que ver con él. Absolutamente *nada*. Fue Gabe el que lo miró como si estuviera tratando de discernir la verdad.

Lucian puso los ojos en blanco.

–Ni siquiera sé si estaba despierto cuando llegué a casa. Usé mi propia entrada y, hasta que me llamaste, estaba pasando un buen rato, entretenido con otro tipo de actividades.

–No te estoy acusando de nada –respondió Dev con el mismo tono que había usado cientos de veces cuando

eran niños.

–Pues eso no es lo que parecía. –Aquello no era normal. Su padre estaba colgando del ventilador de techo, con un cinturón de cuero de seiscientos dólares al cuello, ¿y Dev le preguntaba por su paradero? Detuvo el tamborileo en el brazo del sillón. Ahí fue cuando se dio cuenta de una mancha roja en la punta. Metió los dedos hacia dentro –. ¿Y dónde estabais vosotros?

Dev alzó las cejas.

Gabe apartó la mirada.

Lucian movió la cabeza y se rio entre dientes.

–Mirad, no soy ningún forense experto, pero todo apunta a que se ahorcó.

–Es una muerte no intencionada –señaló Gabe. Lucian se preguntó en qué serie criminal habría aprendido ese término–. Aun así, la policía querrá investigarla. Sobre todo porque no parece que haya dejado ninguna carta o nota. –Señaló con la barbilla el escritorio–. Aunque también es cierto que ninguno de nosotros se ha puesto a buscar nada. ¡Mierda! No me lo puedo creer.

Lucian volvió a mirar el cuerpo de su padre. Sí, él tampoco se lo creía.

–¿Has llamado a Troy? –Se centró en Dev–. Seguro que se alegra muchísimo. ¡Joder! Deberíamos estar celebrándolo.

–¿Es que no tienes ni un ápice de decencia? –escupió Dev.

–¿De verdad me estás haciendo esa pregunta? ¿Por nuestro padre?

Dev apretó la mandíbula. Fue el único indicio de emoción que mostró.

–¿Te haces una idea de lo que va a decir la gente sobre esto?

–Mírame a la cara. ¿Hay algo en mi expresión que te haya llevado a creer que me puede llegar a interesar lo

que piense la gente? –inquirió en voz baja–. ¿O que me ha interesado alguna vez?

–Puede que no te importe, pero lo último que necesita nuestra familia es que la vuelvan a arrastrar por el fango.

Había un montón de cosas que su familia no necesitaba, pero una mancha más en su ya mancillada reputación era el menor de sus males.

–Quizá nuestro padre debería habérselo pensado mejor antes de... –Se detuvo e hizo un gesto con la barbilla hacia el lugar donde colgaba el cuerpo sin vida de su progenitor.

Dev apretó los labios y Lucian supo que su hermano tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no responderle. Aunque también era cierto que tenía años de experiencia a la hora de ignorar sus pullas.

Dev no dijo nada. Se limitó a rodear las piernas de su padre y salió del despacho, cerrando la puerta detrás de él con sigilo.

–¿Ha sido por algo que he dicho? –ironizó Lucian, enarcando una ceja.

Gabe le lanzó una mirada cansada.

–¿Por qué lo haces?

Se encogió de hombros, mostrando indiferencia.

–¿Por qué no?

–Ya sabes cómo se pone.

El caso era que *sí* lo sabía. ¿Pero lo sabía Gabe? Creía que no. Seguramente porque Gabe no quería ver cómo reaccionaba su hermano mayor cuando se resquebrajaba esa fachada de autocontrol que siempre procuraba mantener aunque fuera lo más mínimo.

Gabe volvió a mirar esas malditas piernas antes de preguntar con tono sombrío:

–¿De verdad crees que nuestro padre hizo esto?

–Eso parece –replicó él mientras se concentraba en las espantosas manos pálidas congeladas en el tiempo.

–Hay pocas cosas que me hubieran sorprendido de él, ¿pero ahorcarse? –Gabe se pasó una mano por el pelo–. No es su... estilo.

Estuvo de acuerdo. No era propio de Lawrence hacerles un favor como ese y dejarlos en paz.

–Tal vez sea la maldición.

–¿Lo dices en serio? –Gabe soltó una palabrota por lo bajo–. Estás empezando a hablar como Livie.

Lucian volvió a sonreír cuando pensó en su ama de llaves. La señora Olivia Besson era como una segunda madre para todos ellos, tan parte de esa casa como las paredes y los techos, pero era tan supersticiosa como los marineros en una noche de tormenta. Su sonrisa se desvaneció como los últimos vestigios de un sueño.

Un pesado silencio cayó entre ellos mientras ambos contemplaban a su padre. Al final, fue Gabe el que lo rompió:

–Me desperté antes de que Dev me llamara. Creí oír a alguien en la planta de arriba –dijo en un susurro, casi como si temiera que le escucharan.

Lucian contuvo la respiración.

–Fui allí, pero... –Gabe tomó una profunda bocanada de aire que hizo que se le hinchara el pecho–. ¿Recuerdas lo que tenías pensado hacer mañana? Pues ya no va a ser posible.

–¿Por qué no?

–¿Por qué no? –repitió con una risa de sorpresa–. No puedes salir del estado el día después de la muerte de nuestro padre.

Lucian no veía dónde estaba el problema.

–Dev se va a poner hecho una furia.

–Dev ni siquiera sabe lo que voy a hacer –replicó él–. Lo más probable es que ni se entere de que me he ido. Regresaré a la mañana siguiente.

–Lucian...